

ALGÚN DÍA

Clara Martínez Sáez
2º ESO A

-¡Lavinia! ¡Vení acá!

-¿Qué querés, mamá?

-Atendé a tu hermano que no deja de llorar, ¿es que no lo oís?

Lavinia se fue rápidamente hacia la habitación de su hermano antes de que su madre se enfadara aún más.

-¿Por qué llorás, pequeñín? Vení conmigo- Lavinia cogió a su hermano pequeño en brazos y empezó a mecerlo. Tomás enseguida empezó a calmarse. A Lavinia le daba pena, tenía solo dos años y apenas nadie le hacía caso durante el día, a ella tampoco, pero prácticamente, a sus 15 años no lo necesitaba. Ella pasaba casi todo su tiempo libre junto a él, porque lo quería enormemente pero aun así, ese pobre niño necesitaba los cuidados y cariños de una madre o un padre que debido a sus respectivos trabajos nunca se los podían dar.

Era tarde, Tomás ya estaba dormido y su padre acababa de llegar de trabajar, Lavinia había tenido un día muy cansado y estaba agotada, se acostó. Cuando ya estaba casi dormida, empezó a oír de nuevo los gritos de su madre. Desde que ella y su familia habían llegado de Argentina, sus padres discutían casi todas las noches, su madre estaba muy susceptible y su padre llegaba agotado de trabajar a altas horas de la noche.

Lavinia empezaba a estar muy cansada, odiaba oír cómo sus padres se peleaban. Además, no tenía a nadie en ese país para contarle sus inquietudes, allí apenas conocía a alguien, aún no había ido a la escuela y no tenía amigos. Echaba mucho de menos Argentina, allí todo era mucho mejor: tenía amigos, familiares, y sus padres no peleaban tanto, de vez en cuando sí, pero por lo menos allí tenía en quién confiar, tenía quién le ayudara, quién le diera consejos. Se sentía tan sola en España, sentía que nadie la quería. En ese momento, acurrucada en un rincón de su cama, oyendo pelear a sus padres, pensó que en realidad ella sí necesitaba el cariño de una madre o de un padre, tanto como su hermano, o incluso más. Por fin el sueño la venció.

Se levantó a media mañana, no había nadie en su casa, Tomás había ido a la guardería, era su primera semana allí, y sus padres se habían ido a trabajar. Todo estaba desordenado y sucio, a Lavinia le pareció una buena idea y un buen momento para terminar de guardar todas sus cosas e intentar poner un poco de orden y limpieza en la casa. El piso era de tamaño mediano, con tres habitaciones pequeñas, dos baños y una cocina grande. Empezó por fregar los platos del desayuno. Antes, su madre no trabajaba y era ella quién se quedaba sola las mañanas, se encargaba de la casa y Lavinia se iba al colegio, pero ahora era al revés. Su madre había encontrado un trabajo como limpiadora y volvía a las 7 de la tarde. Mientras, Lavinia estaba sola. Pero eso se acabaría enseguida porque al día siguiente Lavinia se incorporaba a un instituto.

Se ponía muy nerviosa sólo de pensarlo, los nuevos compañeros, qué pensarían de ella, cómo le iría en los estudios, etc. Pero ella quería, tenía ganas de conocer a gente nueva, hacer amistades, divertirse un poco. Ahora sólo salía para hacer la compra o recoger a Tomás de la guardería, nada más.

Su madre llegó más tarde de lo normal.

-¿Lavinia? ¿Estás ahí?

Lavinia dejó lo que estaba haciendo y salió a saludar a su madre.

-Hola cielo, ¿cómo te fue el día? –preguntó mientras la besaba en la mejilla, parecía contenta- Disculpáme si llegué tarde, me entretuve.

-Ah, no te preocupés, está todo bien.

-¡Hiciste limpieza! Y huele bien...¿hiciste también la cena?

-Sí-contestó orgullosa de sí misma.

-Pero nena...sos un sol, no era necesario...

La besó otra vez. Lavinia se alegró de ver a su madre tan contenta, hacía tiempo que no la veía así. Antes, en Argentina, siempre había sido alegre, risueña, joven...Pero desde la mudanza, parecía que le hubiesen echado diez años encima. Ella nunca quiso abandonar su preciado país, Argentina, pero las condiciones en las que se encontraba su familia, la pobreza, la obligaron, ya que su marido, el padre de Lavinia y Tomás, había encontrado un trabajo en el que pagaban bien, pero en España.

Durante la cena, Lavinia decidió preguntarle el porqué de tanta alegría.

-Encontré un trabajo, pagan bastante mejor y el horario es bueno, ahora podré estar mucho más tiempo con ustedes, lo prometo.

-Eso nos haría muy felices.

-¿Tenés miedo por mañana?

-Sí, no sé cómo me recibirán en la escuela...

-Tranquilizáte, todo saldrá bien, ya lo verás.

Esa noche Lavinia durmió bien, tranquila, feliz por lo de su madre, por haber oído a sus padres reconciliarse.

Se levantó de un brinco a las 7 de la mañana. Esta vez no se le pegaron las sábanas como era habitual. Se metió en la ducha y se enjabonó. Al salir, se vistió rápidamente, se recogió su largo pelo ondulado en una cola de caballo, se tomó un vaso de leche rápido y salió de su casa. El instituto estaba a 20 minutos y tenía que darse mucha prisa si no quería llegar tarde.

Llegó justo a las 8 en punto, cuando el timbre estaba sonando. Había mucho revuelo de gente de diferentes edades, más mayores, más pequeños...Lavinia temblaba. Ni siquiera sabía hacia qué clase dirigirse. En un pasillo, vio una puerta con un cartel que decía: dirección. Tocó a la puerta y abrió. Un hombre de pelo casi blanco la esperaba.

-Hola.

-Hola, tú debes de ser...-ojeó unos papeles- Lavinia, ¿verdad?

-Sí.

-Tranquila, ahora te acompañaré a tu clase, siéntate y espera unos segundos, enseguida estoy contigo.

El hombre parecía amable. Lavinia esperó con impaciencia esos tres escasos minutos que le parecieron horas. Estaba muy inquieta.

El director la condujo por algunos pasillos y escaleras, Lavinia lo seguía.

Llegaron a un pasillo. Se paró en una puerta con un letrero en el que ponía 3° B. Abrió la puerta y saludó. La clase estaba llena de alumnos y alumnas. Todos la miraban, se sentía incómoda.

-Mirad chicos, esta es Lavinia, ha venido a España hace poco más de un mes y se quedará aquí el resto del año. Quiero que la tratéis como a una más, ¿de acuerdo? Mira Lavinia, allí tienes un sitio- señaló a un lugar en la tercera fila al lado de una chica. Se alegró de que no fuera un chico, se habría sentido más incómoda aún.

El día transcurrió bien. Los profesores le dieron una lista con todo el material que debía tener y en el recreo algunas chicas le ofrecieron irse con ellas y le preguntaron cosas sobre Argentina. A ella le gustaba hablar sobre su país y poco a poco se fue soltando. Al llegar a su casa se tumbó en la cama cansada y esperó a que llegara su madre para contarle todo.

Oyó como se habría la puerta. Que raro...aún faltaban horas para que su madre saliera del trabajo.

-¿Lavinia? ¿Estás en casa?- Era su padre.

-¡Papá! ¡Hola! ¿Qué hacés aquí? ¿Vos no tendrías que estar trabajando?

-¿Qué hay de malo? ¿Es que un papá no puedo escaparse una horita del trabajo para ver cómo le ha ido a su nena el primer día de escuela?

Lavinia abrazó a su padre...hacía tiempo que no lo hacía. Se alegró, estaba tan contenta. Pensó que podía ser que en España no le fuera tan mal como ella pensaba. Quería tanto a su familia...

La semana se le pasó muy rápido. Le gustaba el instituto aunque le costaba mucho coger el ritmo que llevaba su clase. El nivel era bastante más elevado que en Argentina y le costaba ponerse al día.

Eran las 6 y media de la tarde, Lavinia estaba metida en su habitación, estudiando, era época de exámenes, y además, era Biología, algo que le costaba excesivamente. Su madre ya tenía el nuevo trabajo, por lo que a esas horas ya estaba en casa. De pronto llegó su padre, Lavinia se extrañó porque era demasiado pronto. Oyó voces, como lamentándose. Se acercó hacia donde estaban para oír mejor y enterarse de lo que pasaba. Le habían despedido. Enseguida su madre empezó a gritar, como siempre que discutían.

-¡Sos un imbécil! ¡No sabés hacer nada!

Lavinia no quiso seguir escuchando más, se encerró en su habitación y procuró concentrarse en el examen. No podía, los gritos y discusiones de sus padres se hacían cada vez más fuertes, le penetraban en su cabeza como agujas afiladas.

Decidió irse a la biblioteca a estudiar, o si no suspendería el examen, y así de paso, le daría un poco el aire, lo necesitaba.

Salió de allí lo antes que pudo. Una vez en la biblioteca intentó concentrarse en el libro de Biología. De repente se le acercó un chico y se le sentó al lado, era Diego, un compañero de clase. Hacía días que Lavinia notaba que la miraba, que intentaba acercarse a ella. El chico no le desagradaba, de hecho el primer día ella también se había fijado en él, pero ella no tenía tiempo para líos amorosos.

-Hola Lavinia.

-Hola.

-¿Qué tal va el examen? ¿Necesitas ayuda?

-No, gracias.

-Tengo entendido que no se te dan bien las ciencias, y yo saco sobresalientes, si quieres...pudo ayudarte.

-Ya te dije que no.

-No me importa, de verdad.

-¡Nene ya te dije que no! Déjame en paz, ¿querés? Metéte en tus asuntos, yo puedo arreglármelas sola, ¿Qué te hizo pensar que necesitaba tu ayuda? Andáte.

Diego se marchó bastante sorprendido por aquella respuesta.

Lavinia no podía concentrarse, no le entraban en la cabeza las palabras, decidió volver a su casa, se sentía incómoda allí y además no le gustaba dejar solo a Tomás tanto tiempo. Cuando regresó, ya todo estaba en calma y se alegró, primero fue a ver a su hermano y al ver que estaba bien, se fue a estudiar.

Eran casi las 12:30 y al día siguiente tendría que madrugar mucho, decidió acostarse.

Lavinia no podía dormir pensando en la pelea de sus padres, pero sobretodo en la contestación que le había dado a Diego, ¿por qué se habría tenido que comportar de esa manera tan desagradable? Ella no era así, ¡para nada! Ella era amable, y en otra ocasión habría aceptado su ayuda como un preciado regalo. Diego solo pretendía ayudarla y ella le había rechazado de tal manera...Se sentía fatal, pero no veía remedio. La cabeza le daba vueltas...Al fin decidió pedirle perdón al día siguiente.

Cuando llegó a clase, Diego estaba hablando con su grupo de amigos y Lavinia se acercó y le preguntó si podía hablar con él.

-Si quieres hablamos luego, es que la profesora ya está ahí.

La profesora entró y Lavinia se fue rápido a su sitio.

Durante las clases no podía concentrarse, notaba los ojos de Diego clavársele, sabía que la estaba mirando. En un par de ocasiones sus miradas se chocaron pero Lavinia, por vergüenza, enseguida miraba hacia otro lado.

A la salida, Diego se le acercó.

-¿Qué querías?

-Nada...era sólo hablar sobre lo de ayer...me porté mal, pero ahora tengo prisa, tengo que ir rápido a mi casa, me esperan.

-Si quieres te puedo acompañar.

-Si...bien.

Tomaron rumbo hacia la casa y fue Diego quien primero empezó a hablar sobre el tema.

-¿Qué te pasó ayer? Ya veo que no necesitabas mi ayuda y que la asignatura se te da muy bien, ¿no?

-No, nada que ver, se me da re mal- los dos rieron.

-¿Entonces?

-Estaba mal...ya está, ya te pedí perdón...fueron mis padres...siempre están discutiendo y yo me pongo muy mal...

-Ya te entiendo...y ayer fue uno de esos días, ¿verdad?

-Si...y peor que nunca, no te podés imaginar...así que perdonáme.

-Tranquila...no tienes la culpa...

Siguieron andando hasta que llegaron al portal del piso.

-Es aquí. Gracias por acompañarme.

-De nada.

-Este sábado salgo con unas amigas de clase que me han invitado, si querés podés venir tu también.

-Si...me gustaría...bueno...en realidad me gustaría más que fuéramos los dos solos- estaba nervioso y su cara fue enrojeciéndose por momentos.

-Jajaja- a Lavinia le hizo gracia -claro, ¿cuándo podés?

-Mañana mismo paso a recogerte sobre las 6.

-Vale, chao.

-Hasta mañana.

En los días que siguieron, Lavinia y Diego quedaban casi todos los días, Diego ayudaba a Lavinia en los estudios, ella le contaba sus problemas, y él los suyos.

Todo era perfecto, Lavinia estaba empezando a querer mucho a ese chico. Ahora, cuando sus padres peleaban, ella no se ponía tan mal...lo único que pensaba era en ver a Diego para poder contárselo, él le ayudaría.

Sentía que ya no se estaba tan mal en España, nunca pensó que llegaría a decir eso algún día, pero así era, le gustaba España, y mucho. Allí había encontrado a alguien que en el fondo llevaba buscando mucho tiempo. Diego era su apoyo, era alguien en quien podía confiar, le quería.

Un día, estaban en casa de Diego, sentados en el sofá del salón, hablando sobre los padres de Lavinia y su hermano Tomás. Hubo un momento de silencio y Diego la besó. En un principio, Lavinia se quedó extrañada, hasta ese momento, solo eran amigos, los dos se querían y se atraían, era obvio, pero ninguno se había atrevido a confesarlo.

-¿Qué hacés?

-Lavinia, te quiero, quiero que estemos juntos siempre.

El amor que sentía por ella había vencido a la vergüenza y había confesado sin miedo. Eran tantas las veces que Lavinia había tenido esa tentación, pero nunca se había atrevido, por miedo, por miedo a romper esa amistad. Pero ahora Diego lo había hecho, y Lavinia sabía que seguirían siendo amigos, comprendió que ser novios no impedía que fueran amigos.

Pasó un mes y Lavinia quería cada día más a Diego, pasaban mucho tiempo juntos. A veces discutían por las diferentes culturas y las diferentes maneras de ver la vida, ella tenía una opinión y él otra muy distinta, pero enseguida se perdonaban.

Lavinia seguía echando de menos a su país, a Argentina, todas las noches pensaba en cómo habría sido su vida de haberse quedado allí. Por un lado lo prefería, tenía muchísimos amigos, una buena casa, tiempo y cariño de sus padres y lo más importante, que ellos no discutían.

Pero aquí tenía una situación mucho mejor, en cuanto al país, y a Diego.

Las discusiones de sus padres se hacían cada día más frecuentes, y aunque Lavinia fingía no importarle, le afectaban mucho.

-Lavinia, tengo que hablar con vos- dijo su madre una tarde que Lavinia estaba en casa.

-¿Qué querés, mamá?

-Sentáte cariño, sentáte.

-¿Qué pasó?- por el tono de su madre, Lavinia estaba empezando a asustarse.

-Nada, tranquilizáte. Sólo es una cosa que tenés que saber. Tu papá y yo vamos a separarnos.

Le dieron ganas de llorar, pero no lo hizo.

-¿Qué? Pero...

-Sí, lo sé, sé que es duro para ti mi ciela, pero...ya sabés que siempre estamos peleando, y esto no podía continuar así, ¿lo entendés?

-Si, lo entiendo...

-Sabía que lo harías, vos estás hecha una mujercita.

En el fondo, a Lavinia no le sorprendía, inconscientemente sabía que tarde o temprano ocurriría, y por un lado agradecía que fuera así, y no tener que oír cada noche cómo se peleaban. Pero quería irse, irse a casa de Diego, había quedado.

-¿Me puedo marchar ya?

-No, Lavi, aún hay algo más. Ya sabés que yo nunca quise venir a España, y ahora que me separo de tu papá, quiero volverme allá.

¿Cómo? ¿Volverse a Argentina? Esta noticia sí le pilló por sorpresa. No podía creer lo que estaba oyendo.

-Y, por supuesto, Tomás viene conmigo. Contaba con que tu también...

-¿¡Qué!? Pero mamá...yo no puedo...

-¿Cómo que no podés?

-Yo ya hice amigos, incluso más que amigos, tengo acá mi vida hecha.

-Lo sé, pero, entendéme Lavinia, ¿qué hago yo ahora acá? Nada...

-Andáte vos, yo me quedo.

-¿De verdad es eso lo que querés? Allá también tenías amigos, y más que acá, tenías a tu abuela, que tanto extrañas y además, ya no nos tendrás acá ni a tu hermano ni a mí, yo no pretendo convencerte de nada, pero pensálo, una vez que tomés la decisión, ya no habrá vuelta atrás. El avión sale en menos de un mes, pensálo muy bien. Ahora te podés ir.

Lavinia se levantó rápidamente de la silla y se fue casi corriendo. Estaba a punto de llorar y no quería que su madre le viera. Salió corriendo a casa de Diego.

-Llegas más de media hora tarde, ¿qué te a pasado?
-Lo siento- dijo Lavinia muy bajito, mirando hacia abajo.
Diego le cogió por la barbilla y le levantó la cara.
-¿Qué te pasa, Lavinia? Estás a punto de llorar.
-Diego...- No podía articular palabra, estaba muy nerviosa. Antes de que pudiera explicarle lo que pasaba, las lágrimas se derramaron por sus mejillas sonrosadas.
Diego no dijo nada, sólo la abrazó muy fuerte.
Cuando estuvo calmada le explicó lo que su madre le había dicho.
-¿Qué vas a hacer, Lavi?
-No lo sé Diego, te quiero más que a nada, y vos lo sabés. Pero ellos son mi familia, mi madre, mi hermano, y allá, todos los demás.
-No te vayas de mi lado, por favor, te necesito.
-No me hagas esto más difícil Diego, si decido irme, prometéme que no me intentarás retener, que me dejarás ir, y que me apoyarás como siempre lo has hecho.
-No se si podré Lavinia, por favor, ¿es que no me quieres?
-Este mes a tu lado ha sido el mejor de mi vida, pero allá tengo más cosas, enténdelo de una vez. Y no me hagas más sufrir, ¿no ves que estoy llorando?
-Lo siento, tienes razón, haz lo que quieras, te apoyaré igual.
Y la besó cálidamente.

Lavinia se preguntaba cada segundo qué hacer. Hace tan solo un mes, no habría dudado, se habría vuelto a Argentina, de hecho, era su mayor deseo, pero ahora...había algo demasiado importante que la retenía en España. Nunca pensó que llegaría a tener esas dudas, ¿quedarse teniendo la posibilidad de irse? ¡Nunca! Pero...estaba Diego. Nunca había querido a nadie así, se había enamorado de verdad, y estaba convencida de que nunca encontraría a nadie como él. Pero si se quedaba en España, ¿cuándo volvería a Argentina, su país, al que tanto extrañaba? Nunca, jamás podría volver, por lo menos hasta los 18 años, cuando tuviera dinero para poder pagarse ella misma el viaje. Y no quería eso, quería vivir allí, con su gente, con su familia, y con Diego, pero sabía que eso era imposible, o una cosa, o la otra.

Estaban en vacaciones de Semana Santa y hacía más de dos semanas que no veía a Diego. Desde el día que le comunicó la noticia algo había pasado entre ellos, los dos estaban deseando verse, pero por miedo, ninguno se atrevía a hacerlo. Por miedo a enamorarse aún más, a no poder nunca separarse, a querer quedarse el uno al lado del otro para siempre. Y en el fondo, los dos sabían que pronto se separarían. En esas dos semanas, Lavinia había pensado mucho, había recapacitado, se le pasaron ideas locas por la cabeza, pero finalmente llegó a la conclusión más sensata. No sabía si sería la correcta, y nunca lo podría comprobar, pero ya estaba tomada.

Por fin Lavinia un día se decidió a ir a su casa, tocó al timbre y abrió él la puerta.
-Me voy Diego.
En un principio Diego se quedó callado, pensativo, sin saber cómo reaccionar.
-¿Cuándo?
-En una semana.
Diego la abrazó como nunca la había abrazado, tan cerca que podía sentir los fuertes latidos de su corazón.
Durante esa semana estuvieron todos los días juntos, queriéndose, pero el día llegó.
-Te voy a echar muchísimo de menos, Lavinia.
-Y yo a ti. Te quiero, lo sabés.

Lavinia le besó y se marchó. Las lágrimas se derramaban sin a penas darse cuenta. En el fondo sabía que esa no sería la última vez que le besaría, lo volvería a ver, no sabía cuándo ni cómo, pero lo volvería a ver, no podía dejar escapar al amor de su vida. Volverían a verse. Algún día.